



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 20 DE JUNIO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## Pequeño homenaje a Katherine Mansfield

LOS PRODIGIOS DE LA INMORTALIDAD

OLGA DE LEÓN G.

Cada noche durante el otoño, antes de meterse bajo las sábanas lista para dormir, Catalina aspiraba el aroma de los azahares. Le fascinaba hacerlo. Era un ritual que aprehendió desde niña en casa de sus tías abuelas. Algunas noches, a pesar de ser ya septiembre bien entrado, el calor no se iba y las tías sacaban sus catres y los tendían en aquel enorme patio, cerca de los naranjos, no debajo, pero sí cerca.

Procuraba no exaltarse demasiado, pues los médicos le habían recomendado vivir cualquier experiencia, aun las más gratas, como disfrutar el aroma de los azahares con moderación... su corazón no resistía ni excesivo alboroto o alegría, ni sufrimientos o tristezas en demasía. Un día su corazón se cansaría y, simplemente, dejaría de latir.

Su cabeza reposaba del lado más próximo al naranjo. Su marido dormía del otro lado, para donde el viento no le llevaba con mucha intensidad -como a ella- ese aroma dulzón y embriagador de los azahares. A veces sentía que los pequeños pétalos traspasaban el cristal y el mosquitero de su ventana, sabía que no era posible, solo en su ensoñación podía suceder.

Un día, después de la noche en que se olvidó de aspirar profundamente y de abrir la cortina que cubría la mitad de la ventana, justo su mitad, del lado del naranjo, ella y la sábana con que se cubría del sereno de la madrugada, amanecieron envueltas en flores de azahar.

Empezó a juntar los pétalos y los metió todos en el cajón de los recuerdos de su cómoda, a un lado de la cama. Luego, procurando no hacer mucho ruido para no despertar al marido, caminó hacia el baño. Tomó una ducha caliente, se enfundó en sus pantalones de mezclilla que había dejado listos desde la noche anterior. Calzó sus tenis sin talón y una playera amplia.

Se dirigió a la cocina, prepararía un desayuno ligero, pues tenía mucho que hacer dentro y fuera de la casa, para la reunión que tendrían con el grupo de amigos de toda su vida. Los vecinos de hacía más de treinta años, quienes ya no vivían al lado de ellos pues se habían mudado hacia las afueras de la ciudad. A pesar de la distancia y su encumbrada situación financiera, los ex vecinos seguían viéndose, por lo menos, una vez al mes. Salvo cuando Héctor estaba de gira por el extranjero o tenía reunión de trabajo impostergable, lo cual lamentaban.

Otras de las parejas en esas reuniones, eran Julio y Susana, con quienes los unía una relación de muchos años, aún más, pues se conocían desde la escuela de bachilleres.

Al poco tiempo, se levantó el marido, fue a la cocina y encontró a Cata con el desayuno puesto sobre la mesita y a ella, terminando de hacer la lista de lo que compraría para la reunión de esa noche.



Eduardo fue el primero en abordar lo insólito de la noche... Ella no daría crédito a lo que le diría: ¿Te levantaste durante la madrugada, Cata? No, respondió ella. ¿Por qué? Preguntó con disimulo. Lo cierto es que recordaba perfectamente haberse levantado de la cama, pero solo para ir al baño.

Me levanté y fui a asomarme al patio, saliendo por la cocina. Estuviste fuera de la cama, cerca de dos horas. No te hablé porque pensé que estabas dormida, como sonámbula; no quise asustarte.

Y, allí estabas sentada encucillada junto al naranjo, parecía que hablabas con alguien... a nadie más vi. Me quedé un rato, luego opté por volver a la cama y me quedé nuevamente dormido. Ya para amanecer, te vi plácidamente dormida, lleno tu camisón de flores de azahar y tus brazos cruzados como queriendo retenerlos allí, junto a tu pecho.

¿Por dónde te saliste? Por la ventana contestó Cata, sonriendo con naturalidad. Pero, la ventana estaba cerrada y por entre las varillas, no cabes. ¡Ah!, pues entonces, no sé. Tal vez, no me salí... Tal vez los pétalos me cayeron del cielo. O, ¿no serías tú quien me los puso encima?, tú fuiste quien salió al patio.

Aquella conversación se hizo un ovillo que en años no pudieron resolver. Ni vieron a los amigos esa noche, como que no habían invitado a nadie. La mayoría de ellos habían muerto hacía mucho... Y, ahora, ellos mismos no estaban seguros de que siguieran vivos. A lo mejor, solo eran el sueño de alguien más que los recordaba: gentiles, educados, y, también, distraídos y algo mentirosos.

EN BUSCA DE UN RETRATO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

La señora Hernández llegó sola a la calle de Donceles. No solía visitar el centro sin compañía, ni con la alegría de un niño que se empapa bajo la lluvia. Ahora se aventuraba para conocer el estudio de un pintor. No lo comentó con su marido. Dejó el auto estacionado a media cuadra de su destino, encargando que se lo lavaran por dentro y por fuera, y que le aplicaran cera. Notó un olor penetrante a aceite de motor que rápidamente pasó por alto. El encargado del estacionamiento anotó la placa en un pedazo de papel que pasó por el marcador: Las dos en punto. Llegaría cinco minutos tarde.

Gabriel escuchó sonar el timbre en la cocina y descendió de prisa por las escaleras. Su interfono no funcionaba. A la señora Hernández le emocionaba tanto el encuentro, que le causaba fuego en el estómago. Durante los días previos, se había formado la ilusión de una adolescente que descubre por primera vez en la vida, la salida del sol por el horizonte, con tonos violetas y anaranjados. Tal vez sería immortalizada con un retrato.

Cada uno reconoció a la persona que había conocido una semana atrás, en la inauguración de una exposición colectiva en una galería en las Lomas. Gabriel no participaba en la exposición, pero había asistido por invitación de un viejo amigo. En realidad, ¿desde hacía cuánto tiempo que no pintaba? En las charlas entre salones conoció a la señora Hernández y a su marido, y se agradaron mutuamente.

Ahora, al subir hasta el cuarto piso en un elevador que daba lástima, la señora Hernández encontró un espacio grande

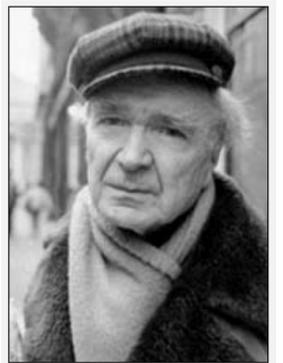
que, en lugar del estudio de un pintor, parecía el departamento de un simple desempleado. Cruzó la sala desordenada, la cocina sucia y llegó a un pequeño cuarto de tres metros cuadrados. En el centro, sobre un piso reluciente, había un caballete, y de las cuatro paredes colgaban cuadros: Un caballo, un frutero, un rosal y un paisaje.

“¿Tiene usted pinturas para la venta?”. Gabriel no contaba con nada que ofrecer. Se había deshecho de toda su obra, regalándola entre familiares y amigos. “Puede escoger entre lo que ve colgado”. “No veo retratos”. “Créame, soy buen dibujante, yo le puedo hacer uno maravilloso”.

La señora Hernández comenzó a sentir una desilusión que le era familiar. Su trabajo como administradora de una tienda de telas, que diez años atrás le había devuelto la confianza en sí misma, ahora le deprimía. A sus cuarenta años, casi nada la ilusionaba. Sobre la cotidianidad de sus labores, una amiga le había advertido: “Vi en las noticias que ese tipo de trabajo pronto se automatizará en el mundo”. Había gastado diez años de su vida estudiando telas para manteles, cortinas, sábanas y alfombras, impresas con adornos triviales. Había estado persiguiendo a los empleados que daban un servicio malo y regular a los clientes, y preparando documentos para el contador del negocio. Nada de eso podía hacerla sentir lo que ahora buscaba en la vida.

Dos meses atrás, en la computadora de su trabajo, había leído un reportaje de un periódico español, sobre las amantes y modelos del pintor Modigliani. Sintió atracción por aquellas mujeres que dejaban a sus maridos, ya fueran príncipes o duques, por artistas bohemios que les ofrecían una vida llena de pasión y aventura. “Luego eran immortalizadas en retratos”, le dijo a su mejor amiga, quien a su vez le respondió: “Yo conozco al dueño de una galería en las Lomas de Chapultepec. Se allega de pintores”. La señora Hernández convenció a su marido para que la acompañara a la apertura de la siguiente exposición. Ahí conocieron a Gabriel, un pintor sin éxito comercial quien les había parecido encantador por su fácil conversación.

Ahora, en el departamento, Gabriel le dijo a la señora Hernández: “Necesitaría un adelanto para comprar algunos materiales”, “¿Cuánto costaría el retrato?”, preguntó ella. La cifra no le impresionó. Pensó en si debía esperar a encontrar a un pintor más. Algo no encajaba en su idea de llegar a ser immortalizada. ¿Gabriel lo lograría? Le observó los zapatos y preguntó: ¿Cuánto tiempo tendría que posar para usted? “Si me facilita una fotografía, no tendría que hacerlo”. La señora Hernández caminó alrededor del cuarto y dijo: “La próxima semana le enviaré la imagen por WhatsApp”, y se dirigió a la puerta, recordando lo que ya había olvidado: el olor a aceite de motor del estacionamiento donde había dejado su auto.



Emile Cioran

(Émile o Emil Michel Cioran; Rasinari, 1911 - París, 1995) Filósofo francés de origen rumano cuyo pensamiento se caracteriza por su extremo pesimismo y nihilismo. Hijo de un pope rural, estudió filosofía en Bucarest, donde entabló amistad con Eugène Ionesco y Mircea Eliade; su tesis doctoral versó sobre Henri Bergson, en unos años en que asimilaba influencias de Kant, Schopenhauer y Nietzsche. Posteriormente viajó a Alemania y fue por breve tiempo profesor de filosofía en Brasov. Logró en 1937 una beca del Instituto Francés de Bucarest y marchó a París, donde, con alguna ausencia, residió hasta su muerte.

Comenzó escribiendo en su país y en Francia en lengua rumana, y compuso tempranamente algunos libros anticipatorios de su marcada actitud pesimista y retadora de las ideologías y las convenciones sociales, como En las cimas de la desesperación (1934), El libro de las quimeras (1936), De lágrimas y de santos (1937), El ocaso del pensamiento (1940) y Breviario de los vencidos (escrito durante la ocupación nazi de París). El primero tuvo una gran acogida, pero el tercero provocó un fuerte escándalo, que consolidó su decisión de quedarse en París.

En 1946 renunció a su nacionalidad y se declaró apátrida. En 1947, mientras traducía al rumano a Stéphane Mallarmé, decidió adoptar el francés como lengua de expresión. Breviario de podredumbre (1949) será su primer texto escrito en francés, a modo de desafío a sus raíces y a la afectividad que se vincula con ellas y con el idioma.

Su producción ensayística es inmensa, resuelta en numerosos casos por medio del aforismo y la paradoja, que le proporcionaron la libertad de polemizar sin necesidad de un sistema para hacerlo, fustigar y exponer sus opiniones y análisis. Entre sus numerosos libros figuran Silogismos de la amargura (1952), La tentación de existir (1956), La caída en el tiempo (1964), Del inconveniente de haber nacido (1973). Cada uno de ellos es un ataque furibundo a las ideologías, religiones y filosofías creadas por los seres humanos para justificar su comportamiento.

Su vida y su obra, indisolubles, se sitúan en la periferia de lo establecido, al margen de cualquier convencionalismo. Así, renunció al término “filósofo”, adoptando el de “pensador orgánico”, según el cual, todo acontecimiento vivo, físico o intelectual, es aprovechado para moldear un cuerpo conceptual.

En sus textos, Émile Cioran se muestra convencido de la naturaleza intrínsecamente maligna de la humanidad, y se complace en la recreación de la cara oscura de ésta, para extraer conclusiones en absoluto tranquilizadoras. En sus últimos tiempos abrazó el budismo.

*ad pédem literae*

*Sólo el conocimiento que llega desde dentro es el verdadero conocimiento*

*Sócrates*

**Letras de buen humor**

*Una pantalla grande sólo hace el doble de mala a una mala película*

*Samuel Goldwyn*

Mónica Lavín

## El proceso de escritura

¿Cuándo está lista una novela? Los escritores nos hacemos esa pregunta cuando llevamos años construyendo ese mundo tan frágil como poderoso. No deja de asombrarme que el material que poseemos son palabras, lo cual podría parecer sencillo porque no se trata de pigmentos ni solventes, ni de otro modo de notación como en la música, no dependemos del talento de los actores ni de la destreza del cuerpo. Quizá por todo ello es que detrás de la escritura hay tanta vulnerabilidad. Si el escritor dedicó tiempo, el lector también lo hará. Por ese lector que consideramos un igual cuando escribimos, debemos dar lo mejor de nosotros como un corredor de fondo. ¿Pero qué es lo mejor de nosotros si cada proyecto de escritura, sea la novela, el cuento, el texto híbrido nos pone a prueba de distinta manera? Cada texto nos requiere, para los riesgos y hallazgos. El trabajo de escritura es endeble porque, después de tantas jornadas de diálogo silencioso con el mundo erigido, como si abriéramos un boquete en otra dimensión del día a día, nos espera la decantación para poner al texto en su punto.

Vargas Llosa afirma que una novela se termina cuando uno ya no puede verla

más, de alguna manera está harto de ella. Seguramente cuando estamos hasta el copete de una relación largamente sostenida, ya no damos lo mejor de nosotros. La pasión, qué pasa por altibajos de intensidad, se ha atemperado. Quiero decir que el mundo de la novela, además de la historia, de personajes complejos, es tono, punto de vista, estructura, tratamiento para persuadir de realidad. Propone una forma de sabiduría o de relación con lo humano, es búsqueda. Y es lenguaje. De ahí que, con una primera versión, donde suponemos que hemos llegado al puerto final de un conflicto o conflictos con algún tipo de salida, toca colocarse frente al edificio, como si fuera el de otro, y recorrerlo. El proceso de revisión es arduo pero placentero. Nos da la oportunidad de concentrarnos en la fluidez de la prosa, en su precisión — Chejov susurrándonos al oído la palabra justa. Después de la revisión en la pantalla, imprimo el manuscrito. (Celebro el vocablo manuscrito, aunque mienta, pues remite a la palabra plasmada con la coreografía de la mano atada a la cabeza, al corazón, a los sentidos.) Y entonces viene lo bueno, el plumil de otro color que tacha, anota al margen, une con una



flecha un punto con otro y nos vuelve calígrafos, dibujantes de ideogramas y cartógrafos de mapas sobre continentes de palabras. Es un momento físico y mental distinto. Minucioso lo que sigue después: descifrar el pulimiento manual al verterlo al archivo digital.

Mi amiga poeta me asiste con su oído fino mientras le leo fragmentos de la versión de la novela en mi regazo; es una criatura aún tierna para andar sola en el mundo. Me reta y me gusta la etapa de la decantación. Lo tomaré con calma, sé que no va a terminar el proceso con el primer recorrido atento, pluma en mano,

oído alerta, ritmo disparateo que de pronto se atranca en algo que no está bien y que lleva tiempo resolver. Una oración. Tendrá que haber una nueva versión impresa cuando la caligrafía haya sido vertida. Precisarás del enfriamiento y de otra lectura, donde ya no soy nueva para detectar aciertos y desaciertos.

Al darse cuenta que escribir no sólo es plasmar historias, Truman Capote escribió que cuando Dios te da un don, te da también un látigo. Si de arte se trata, es preciso latigar ese boquete de palabras y asegurarme de que estoy lista para soltar la novela.